

NO ES PARA TANTO

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío, se dio cuenta de que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sábana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y se le cayó al suelo.

Maldiciendo su mala suerte, se agachó para recogerlo, notando un zumbido incómodo en los oídos. Al levantarse, se apoyó en la mesita, intentando recobrar su equilibrio. El teléfono había parado de sonar unos segundos, pero volvió a hacerlo, como un eco insistente de su confusión. Finalmente, logró coger el aparato entre sus manos temblorosas y acercarlo a su oído.

—¿Hola? —murmuró débilmente.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, antes de que una voz hablara llena de urgencia y preocupación:

— ¡Mario! ¿Estás bien? ¡Tenemos un problema! Tienes que venir a la oficina, no das señales de vida y los clientes te necesitan.

No pudo contestar, se sentía fuera de sí mismo. No le importaban los clientes, ni la empresa, por un instante y después de más de veinte años, decidió no ir. Necesitaba saber qué le había pasado, por qué estaba así. La falsa amabilidad en la empresa lo había obnubilado durante años, haciéndole creer que era importante. Estaba tan convencido de que la plantilla era esencial en su vida, que a menudo le parecía que sustituía a la familia que había perdido años atrás. Le hacía sentir acompañado, aunque fuera en horario de trabajo, y eso le solía llevar a dar lo mejor de sí mismo cada día, a estar siempre disponible para ellos. Era habitual en él conmoverse pensando que todo lo que hacía por la empresa valía la pena, pues se lo reconocían con grandes elogios. Sin

darse cuenta, se encontraba inmerso en una rueda de asfixia que giraba sin descanso desde hacía más de una década.

De pronto, sintió que estaba perdido, ya no recordaba quién era. La inercia lo había despojado lentamente de sí mismo. Sentado en la cama y con los pies desnudos en el suelo, levantó la cabeza hacia la ventana y recordó, tras un episodio de desesperación total, que la noche anterior había intentado quitarse la vida.

De acuerdo con el informe médico, era necesaria la baja laboral. Durante varias semanas, se sumió en una profunda tristeza. La medicación no ayudaba, y si lo hacía sabía que no podía curar algo tan profundo. No se encontraba, era preso del ritmo que había seguido durante toda su vida, le era imposible salir de la rápida espiral que seguía gobernando su mente. Reflexionaba, ahora tenía tiempo, pero le angustiaba la ausencia de actividad. No sabía qué hacer con su cuerpo, las horas pasaban lentas, y la culpa lo invadía. Se sentía víctima, pero era algo tan invisible y costoso de mostrar que le parecía absurdo exponerse de esa manera. Nadie le entendería. Estaba aliviado de algún modo, pero no dejaba de hallar en su interior como una especie de mancha oscura que recorría todo su cuerpo y le impedía moverse. Estaba de algún modo estupefacto, caminaba por la casa como a la deriva. De vez en cuando buscaba algún alimento, y muchas otras solo observaba. No recordaba los objetos que residían en su casa, el sentido que tenían, de dónde habían salido. Pertenecían a alguna escapada con su marido, alguna foto con la niña, *souvenirs* de algún viaje de sus padres... Recuerdos borrosos al fin y al cabo. Daba la sensación de que había desaparecido su vida, no era capaz de recordar qué le hacía feliz, qué le gustaba hacer. El sofá se había convertido en su aliado los fines de semana para recuperarse del cansancio. Para él, los lunes eran su mejor día, tenía energía para comenzar la semana, aunque solo le duraba hasta el miércoles. Últimamente, hasta el martes. Ahora se percataba de que no había descansado en años, sufría las consecuencias y entendía por qué su pareja se fue para siempre. Se profesaban un gran

amor, pero una nube gris invadió la atmósfera de cuidado mutuo que venían cultivando desde que se conocieron. Su compromiso con la relación cambió, su marido le recordaba que el trabajo estaba transformándose en algo demasiado importante, pero él nunca lo vio un problema. Ahora quería salir de ahí, pero no podía. Era todo lo que había mantenido en el tiempo, lo único que le quedaba. Además, necesitaba seguir pagando el alquiler y los gastos, que no eran pocos. Aunque también pensaba que realmente había podido ahorrar todos estos años, podía permitirse no trabajar un tiempo y recuperarse completamente. Pero le era imposible no volver. Inviabile, le necesitaban. Solo él solucionaba lo que más se complicaba. Tenía mucha experiencia, era valioso.

Estos pensamientos eran picos de euforia que lo confundían y le alimentaban las ganas de volver. Pero sabía que hacerlo le perjudicaría, realmente no tenía fuerzas. Se sentía solo, débil y lleno de contradicciones. Se nutría a base de precocinados, se había acostumbrado a comprarlos en el ultramarinos de debajo de casa, ponerlos a calentar y comerlos en el sofá viendo cualquier programa. A decir verdad, no recordaba lo que era una comida saludable, pero tampoco le importaba. Sufría de hipertensión, pero no tenía la energía suficiente como para cuidarse. Siempre estaba agotado, por lo que acababa eligiendo lo rápido y fácil. Al fin y al cabo, qué más daba.

Le asaltaba la culpa. Ahora había frenado su ritmo, así que pensaba que en poco tiempo debía estar mejor, debían solucionarse los problemas y debían darle el alta. Pero no era así, y tenía la sensación de que su malestar iba para largo. En algún punto de lucidez en que se agarraba a la emoción de estar vivo, reconocía que necesitaba ayuda, pero pasaban los días y seguía atrapado en sí mismo. Si ahora volvía al trabajo, empeoraría, pero si no volvía, le esperaba un largo camino de recuperación. Cuando era capaz de razonar sobre su estado, se sentía enfermo. Era consciente de que no estaba bien, que algo grave le ocurría, aunque no sabía bien el qué. Padecía taquicardias a menudo, lo cual le despertaba varias veces por la noche, y el día lo pasaba fatigado. Si pensaba

mucho en la situación, comenzaban unos dolores de estómago que no le permitían mantenerse en pie. Estaba aterrorizado, deseaba acabar con este sufrimiento que no sabía de dónde venía y poder volver a trabajar cuanto antes. Volver al trabajo lo entendía como un sinónimo de salud, y por eso lo ansiaba cada minuto. Necesitaba estar bien, volver a su vida de siempre.

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, debía estar agradecido a la empresa y al trabajo que le había permitido vivir durante tantos años. Sin embargo, se encontraba vacío. Se sentía como algo parecido a una máquina; todos sus movimientos eran mecánicos, irreflexivos. Se había convertido en un autómata; veía, pero no miraba. Una apatía extrema le recorría el cuerpo cada día y eso le había llevado a dissociarse de la realidad. Había olvidado lo que era reaccionar a la belleza, aunque la recordaba de vez en cuando.

Había semanas en las que sí percibía un avance conectado con lo emocional, algo que no sentía desde que era joven. Estaba teniendo tiempo para respirar, para pensar, para parar. No sabía cuál sería su siguiente paso, pero sí sabía que eso le estaba haciendo bien, que la tranquilidad que poco a poco iba sintiendo era algo mucho más importante que cualquier cosa ahora mismo. Ahora se levantaba temprano, se tomaba un café y salía. La luz del sol le hacía bien, podía cerrar los ojos tranquilamente. Paseaba por el barrio. Daba una pequeña vuelta y se volvía. Todo le parecía insólito, pues su antigua vida se ceñía a salir de casa antes del amanecer, con el correspondiente precocinado del día —que comía en la oficina—, para finalmente volver a casa tras los últimos rayos de sol.

Se sentía absurdo, pues le parecía increíble que hubiera pasado su vida sin haber disfrutado de la naturaleza y su silencio. La casa en la que vivía nunca había sido importante para él, simplemente la contemplaba como un techo bajo el que habitar. Pero ahora le apetecía hacer algún cambio, el papel pintado lo veía anticuado. O tal vez reemplazar el sofá por un diván al lado de la ventana en el que leer. Con el dinero

ahorrado durante todos estos años, había más que suficiente. Al fin y al cabo, se daba cuenta de que ahorrar era lo único que había hecho en su vida. También pensaba en viajar, conocer otros lugares. Recordó que uno de sus libros se ambientaba en una isla canaria, quizás la tinerfeña. Lo leyó hace mucho tiempo, cuando apenas tenía veinte años, y le encantó. Hablaba de la laurisilva y de la panza de burro, de sus playas de arena volcánica y de la fruta tropical. Lo imaginaba como el paraíso, y ciertamente así se lo parecía cuando buscaba el destino en Google.

Pero pasaban los meses, y pese a los pequeños momentos de felicidad e ilusión, no conseguía ordenar sus pensamientos. De pronto parecía como que todos ellos se le agolpaban en la mente sin capacidad de poder desglosarlos uno a uno. Le resultaba imposible y eso le producía un agotamiento que no era capaz de expresar. No podía desenmarañar su mente. Tal vez ni siquiera era consciente de hasta qué punto le estaba comenzando a atormentar. El trabajo le había convertido en una persona hermética, y esto le había provocado un bloqueo absoluto de sus emociones y sentimientos.

A menudo pensaba en un cambio de vida, pero su lealtad a la empresa no se lo permitía. Comenzaba a comprender la gravedad de su situación e incluso a sentir la necesidad de ayuda, pero finalmente entendió que su lugar estaba en lo que ahora era su familia y que en ella era imprescindible. De repente creyó sentir que estaba bien, que podía volver, aunque pudiese ser una locura. Quería volver a la rutina, sentirse útil. Pediría el alta voluntaria. Ya estaba fuerte para volver. Sí, eso era lo mejor que podía hacer.

Cuando al día siguiente se alzaba el sol por encima de la ciudad, se dirigió a la habitación para elegir la muda del día. Podía escuchar cómo estaba acabando de salir el café. Se sentía algo desubicado, pero pensó que un café resucitaría a cualquiera. Tomando unos sorbos rápidos, observaba la casa. Quizás el papel pintado estaba bien así. Cogió su chaqueta y se miró al espejo. Estaba impoluto. Antes de cerrar la puerta e irse al trabajo, algo le oprimía el pecho. Pero lo obvió y cerró pensando: «no es para tanto».